



## LA EXPOSICIÓN DE TRABAJOS

DE LA MUJER

LA Junta de señoras que, bajo la presidencia de la Reina, trabajó para solicitar, reunir y remitir á Chicago todo lo que especialmente trabaja y produce la mujer española, acometió una empresa más que medianamente difícil, y la llevó á término con todo el lucimiento posible, dado el escasisimo tiempo y los exiguos recursos de que disponía. *All's well that ends vell*, podemos exclamar los que deseábamos ver cumplida tan importante obra.

Es la primera vez (téngase muy en cuenta) que en España el trabajo de la mujer se consideraba digno de especial atención, y por eso, mientras unos nos sentíamos inclinados—quizá por exceso de afán de que nos luciésemos—al más negro pesimismo, otros alimentaban esperanzas que, por

fortuna, justificaron y realizaron los sucesos. Nuestra vicepresidenta, la condesa de Superunda, con su infatigable energía, su actividad metódica y el prestigio de su respetado y querido nombre, tan familiar para todos los que sufren y necesitan amparo, fué sin duda quien más contribuyó á remover y hacer salir, por decirlo así, de debajo de tierra los objetos. La secundaron la marquesa de Comillas, á quien se deben los ricos envíos de Cataluña; la duquesa de Osuna, dama de tanta inteligencia artística como claro talento; la marquesa de Alquibla, que se trajo medio Granada; la señora de Cos-Gayón, á quien dimos la mejor nota por su asiduidad, pero á quien cobramos miedo las perezosas, porque su conducta nos humillaba; las señoras de Eguilior y Moret, la gentil duquesita de Bailén, la marquesa de Aguilar de Inestrillas, la condesa de Torre Arias, señoras de Rojo y de Sáez de Melgar, y algunas otras damas, que cumplieron como buenas... No así quien esto escribe: yo tuve el don de hacerlo todo—hasta la presente reseña—tarde, mal y sin garbo

¡Si pequé, también me confieso! Lo que voy á contar es inverosímil... pero es verdad. Clavando estaban los cajones de los libros, cuando la condesa de Superunda tuvo que escribir á persona de mi familia un billete apremiante á fin de que me recordase que debía enviar para la Exposición las traducciones inglesas y francesas de mis obras, cosa que yo olvidaba cada día... Por aquí pueden Vds. formar idea de mi diligencia. Lo cuento aunque me pierda; aunque ya no vuelvan nunca á pensar en mí para Comisión ó Junta de ninguna clase. El día que esperábamos en la Exposición la visita de la Reina, que debía venir (y vino con toda puntualidad) á las dos y media de la tarde, estaba yo á las dos menos cuarto—cuando ya todas las señoras habían arreglado al primer su seccioncita y se habían retirado á almorzar y vestirse—arreglando la mía, la bibliográfica, á trompicones, desconsolada porque me parecía que sobraban libros y faltaba mesa... ¡Qué vergüenza! Pero si se ha de saber por los demás... prefiero que se sepa por mí. Conste que lo bueno de la Expo-

sición se debe á todas las señoras... menos una.

Puede dividirse la Exposición de trabajos de la mujer en dos grandes secciones: labores de aguja y palillo, y labores de pluma; bordados en su infinita variedad, encajes y libros. De la labor propiamente agrícola é industrial de la mujer española, contenía la Exposición bien escasas muestras. Sin embargo, la labor agrícola, al menos en la zona del Noroeste, si no recae exclusivamente sobre la mujer, por lo menos la lleva á medias con el hombre. En mi país la mujer ara, cava, poda, siega, riega, hace leña, arrastra tierra y piedra, ¡y hasta la rompe para formar la caja de las carreteras!; faena durísima, que aflige ver confiada á mujeres. También recoge, bate y blanquea el lino, desgrana el maíz y pisa el *tojo*; lo que no hace es *majar*, trabajo reservado al varón. En la industria creo que no toma tanta parte la mujer española; sin embargo, de algunas elaboraciones, como la del tabaco, que son obra exclusiva de la mujer, se echaban de menos ejemplares en la Exposición. Sólo vi

trabajos en acero damasquinado, algunas gorras, calzado, obra de espartería y alpargatería, cestería, piezas de cerámica tosca, y en el ramo agrícola-industrial, un bello ejemplar de la sericultura en Valencia.

De los bordados sí que hubo cosecha fértil. Confieso que si mi naturaleza femenina me induce á recrearme en la delicadeza y finura de un lindo bordado, mi razón y mi piedad por la mujer me inspiran cierta antipatía y guerra á la labor de aguja. Pena causa imaginar la paciencia, el tiempo, el derroche de vista, las interminables horas de encierro que representan esas labores, no siempre bellas, rara vez aprovechables, y en algunas ocasiones contrarias hasta al fin útil del objeto que enriquecen, como el bordado de las sábanas, que constituye una molestia si se han de usar para dormir, y en el cual las líneas del bordado están condenadas á alterarse bajo la repetida acción del agua y la plancha. Las únicas labores de provecho y solidez son la tapicería destinada al mobiliario, el bordado en ornatos de iglesia, uniformes ó prendas de vestir. En

este género, está probado que el hombre disputa á la mujer la palma. El nombre de una calle de Madrid, la calle de *Bordadores*, prueba que desde antiguo el varón suplió á la hembra en la labor de bordado de oro á realce.

La mujer descuella en los bordados *aracnoideos*, que se ejecutan sobre batista y nipsis, cuando no sobre seda y raso. Si se ha de juzgar por los muchos que de esta clase se presentaron en la Exposición, podemos decir que la mujer española revela tanta delicadeza y sutileza en el desempeño, como pobreza de nociones artísticas en la concepción de la labor.—Estudio del diseño y del colorido, observación de los buenos modelos (que se encuentran de sobra en los ricos tesoros de las sacristías y vestuario de nuestras iglesias), conocimiento de las épocas y estilos, y de lo que á cada cual corresponde, — nada menos que todo esto necesita poseer la señora ó la obrera que emprende una labor; y si no lo posee ella misma, es necesario que lo posean los que la dirigen, porque de otra suerte, la increíble paciencia que

representa la labor será su único mérito... y es tanto como decir que habrá perdido lastimosamente el tiempo la mujer que la ejecuta, tiempo que valdría más dedicar á fortalecer los músculos andando ó á cooperar á la caridad cosiendo blusas y calcetando medias gordas para el Roperito de los pobres.

Con razón ha dicho el periódico *La Justicia* (éste y *La Correspondencia de España* fueron, que yo sepa, los únicos que consagraron ex profeso artículos á la Exposición de labores de la mujer) que los bordados en blanco eran muy superiores á los de color, por la razón bien sencilla de que en aquéllos no caben sino desaciertos de dibujo, y en éstos se unen á los del dibujo los de la totalidad, mucho más aparentes y visibles. En el colorido de los bordados nótase la influencia, más que de la naturaleza ó del estudio de lo clásico, del cromo chillón y la oleografía piadosa, lo cual revela tanto más el descuido y falsedad de que deben resentirse las enseñanzas de este género de trabajos, cuanto que la mujer, por instinto, por no aprendida gracia, es colorista, y porque lo

es combina á veces con tan feliz armonía los matices de su vestido y aun la decoración de su interior, los muebles y cortinas de sus habitaciones. Por eso, de los bordados en color que en la Exposición figuraron, si como *factura y mano de obra* alabaré algunos, como *concepción* ninguno me ha satisfecho.

En blanco es distinto. Pañuelos había que eran un copo de labrada nieve; el abanico de nipsis de la marquesa de Comillas parecía un sueño, el sueño de una japonesa elegante que se hace aire con ideales flores de marfil; las telarañas encantadoras, que en Cáceres y Badajoz se llaman *calados*, prendían los ojos; las albas rizadas y repulgadas, con su rico volante de malla, tenían cierto perfume de incienso; pero sobre todo, es justo que se conceda puesto aparte y distinción señalada á los trabajos de la señorita doña Enriqueta Menchaca, que son lo que yo llamaría *esculturas en bordado*. Recuerdan las labores de la señorita Menchaca (en fino y en pequeño) la de los célebres tapices barrocos de las monjas Teresas, donde flores, anima-

les y detalles arquitectónicos aparecen ejecutados con todo su realce, constituyendo así el tapiz un verdadero alto relieve. Creí al pronto que una cabecita de guerrero que en un cuadro exponía la señorita Menchaca, era precioso medallón de *biscuit* ó porcelana de Sajonia. No era sino *bordado*. La pureza del dibujo, en esta labor, es otro elemento que la eleva á la categoría artística.

Así y todo, mucho más que los bordados, me interesan los encajes, por los cuales tengo un flaco como el que otras mujeres tienen por las joyas. El encaje, accesorio exquisito del traje de la mujer, tocado nacional en España y religioso en toda la cristiandad (pues para las audiencias del Padre Santo se prescribe llevar *velo in testa*) no sólo no es una inutilidad, sino que forma aún, y seguirá formando mientras no se pierda el gusto, un ramo importantísimo del comercio, de la industria y del arte tradicional. En los museos extranjeros (por ejemplo el de Cluny) se custodian como oro en paño, al lado de los esmaltes, pinturas y armas, fragmentos de randa sutil, que acaso adornaron

el cuello de algún señorón de la corte de Luis XIII, ó flotaron sobre el pulcro zapato de un prelado, orlando un alba magnífica. El encaje verdadero, hecho á mano, se cuenta entre las obras de arte.

España tiene sus encajes propios y característicos, y en esta Exposición los hemos visto, al lado de algunos ensayos felices de imitación de los puntos extranjeros. La fábrica de Vives, de Barcelona, demostró que podía presentar, cerca de la blonda catalana, tipos de Chantilly casi tan ligeros y flexibles como es en Francia este encaje, por excelencia el encaje *de visilas*, el único que se puede llevar de día y á la calle, así como la aplicación es el encaje de *soirée*, y el Valenciennes el de la ropa blanca. Lástima que la fábrica de Vives no marcara sobre los objetos enviados su precio; porque Cataluña puede y debe aspirar á matar la venta de esos puntos procedentes de Francia y á sustituirlos con fabricación española, teniendo para la competencia la ventaja de los derechos de introducción, que en este artículo son bastante crecidos.

La blonda catalana pudo estar mejor representada en la Exposición, si mayor número de fábricas hubiesen concurrido al llamamiento. He echado de menos la de Fiter, tan rica y dirigida por personas tan inteligentes, y presumo que ya este establecimiento habrá remitido sus productos á Chicago en la sección general industrial.

Las mantillas de blonda granadina eclipsaban á las catalanas en la Exposición de trabajos de la mujer; y en encajes blancos, no vacilo en decir que se ha llevado la palma mi provincia, la Coruña. Yo deseaba mucho que no faltasen estas muestras de una gentil industria popular en que descuellan nuestras ribereñas, que, á diferencia de las famosas *rendilheiras* de Peniche, tan alentadas por el gobierno portugués, no tienen más estímulo que la pobre ganancia que pueden sacar de sus palillos ágiles, fabricando unas toscas puntillas que las damas elegantes desdeñan. Lo que son capaces de hacer, si se les dan buenos modelos y tiempo, esas humildes encajeras camariñanas, tostadas por la brisa marina, lo demostraron bien los ejemplares

recogidos y enviados por el Sr. Pardiñas y ante los cuales se detuvo tan gratamente sorprendida la Reina. De los dos pañuelos, el uno puede arrostrar la comparación con el mejor Cluny; el otro es puro Chantilly blanco, de una distinción incomparable. No encantan menos las puntillas; increíble parece que sean obra de aldeanas.

Pero el *clavo* de nuestra Exposición fueron sin duda los maniqués, vestidos con los trajes de las diferentes regiones. Es indecible lo que los tales maniqués preocuparon y dieron que hacer á la Junta. Aun cuando la mayor parte de ellos no tenían pero en cuanto al traje, eran las caras, por lo general, tan poco estéticas, que temimos se horripilasen los *yankees* imaginando si serían retratos. Hubo que buscar maniqués nuevos y bien modelados, y podemos estar seguras de que en ellos lucirán los ricos y pintorescos atavíos de las dos huertanas de Valencia, la gallega, la charra, la payesa, la amblesca y la mujer del valle de Lagartera, que viste tan original y severo traje.

En la sección bibliográfica, se esperaba

fundadamente que nos presentaríamos bien. Teniendo facultad para incluir todo libro de mujer publicado después de la fecha del descubrimiento, claro está que se podría enviar algo bueno en cantidad y en calidad. No he de repetir una vez más listas de nombres que están en la memoria de todos. La Biblioteca Nacional sola contribuyó con trescientos sesenta y cinco volúmenes — tantos como días tiene el año — y la Biblioteca de Palacio y los particulares completaron un total que acaso no baje de setecientos. No por eso se crea que estará completa en Chicago la bibliografía femenina más importante de España. De todas suertes, la muestra es rica. Entre los manuscritos se distinguía un curioso libro de cocina moderno.

La sección de pinturas sólo encerraba, entre obras estimables, una de mérito sobresaliente: el adorable *Niño acostado*, de la señorita Bañuelos. Cierta que algunas de nuestras mejores artistas, como la señorita Elena Brockmann, expusieron en la sección general.

La sección de música de nuestra Exposición presentará la ópera *Schiava é regina*, original de la precoz compositora señorita Luísa Casagemas, criatura de organización profundamente artística, que á los veinte años ha escrito más de cien composiciones sueltas y la partitura á toda orquesta de dos óperas. Obra casi de una niña, la ópera es, según frase de un inteligente *dilettante*, un encanto, una aurora que promete hermoso y claro día. Un invento de mujer figura también en esta sección: la *cartilla musical* de la señorita Keller.

Acaso supondrán los que lean mi artículo que con la Exposición de trabajos de la mujer no hemos puesto ninguna pica en Flandes: que, aun contándolo todo, es modesto el envío. Los que tal piensen se equivocan, porque desconocen el valor inmenso que encierra el primer esfuerzo, el primer paso en un camino que ha de ensancharse todos los días, y que por ahora sólo ofrece á los que lo pisan espinas y abrojos. ¿Cuándo se había intentado conceder puesto alguno especial á la mujer en esta clase de Certámenes, que

son los torneos de la civilización? ¿Cuándo había ocurrido que nadie estimase su humildad de labor, ni pretendiese medir su capacidad intelectual y artística? Por este concepto, nuestra Exposición es un signo de los tiempos, y no se ha de apreciar en sus resultados positivos, sino en su valor sintomático.

Y aun en absoluto, yo alimento fundadas y halagüeñas esperanzas de que la mujer española no compondrá mal papel en la Exposición norte-americana. Naciones europeas habrá, y no de las más atrasadas, que acaso en su sección femenina aparezcan muy inferiores á nuestra patria, no obstante todos los obstáculos con que tropezó la Junta y la lamentable falta de tiempo que privó á nuestra Exposición de contingente tan valioso y original como hubiese sido el de Filipinas, Canarias, Puerto Rico y Cuba.



## ÍNDICE DE LIBROS RECIBIDOS

### CRÍTICA

- Larra*, por D. Fernando de Antón (hijo).—Folleto.—Sevilla, 1891.
- La cuestión literaria*, por íd. íd.—Id.—Id., 1892.
- La crítica moderna*, por íd. íd.—Id.—Id., íd.
- Tajos y reveses (Crítica y sátira)*, por Efraim Vázquez Guarda.—Un tomo.—Santiago de Chile, 1892.
- A dos vientos (Críticas y semblanzas)*, por Ramón D. Perés.—Un tomo.—Barcelona, 1892.
- Los héroes*, por Tomás Carlyle.—Volumen II de la «Biblioteca selecta anglo-alemana».—Un tomito.—Madrid, 1893.
- Mi primera campaña (Crítica y cuentos)*, por Rafael Altamira.—Volumen xxvi de la «Biblioteca Andaluza».—Madrid, 1892.